

LA PERSONA

El páramo.

Hoy estamos en crisis. Por ello voy a suponer que la misma es tan honda que lo ha destruido todo. Nada ha quedado en pie y "la tierra giró como el disco del alfarero" (1). Se han diluido todos los valores que el hombre vino acumulando, las estructuras se han derrumbado por completo y todo lo axiomático ha sido arrancado de raíz. Necesito que el lector me ayude olvidando todo lo que sabe y que, junto conmigo, se imagine estar solo en un páramo.

Sólo yo como premisa existensiva.

En esta situación lo único cierto es que yo estoy aquí. Cada uno de ustedes véase a sí mismo en tal situación que no puede ser más primordial (2). No ha de pasar mucho tiempo sin sentir que algo se agita en mí. Hay algo en mí ser, que me impele, me mociona, me empuja y me dice que no puedo quedarme en páramo. Se esta premisa existensiva es discutible sólo me resta quedarme en la desolación. Pero yo no quiero y por ello tengo que 'salir adelante'.

Salir hacia mí mismo.

Hay algo en mí que me inquieta y me descontenta. Algo que me empuja, me hace perder el equilibrio y me obliga a avanzar (3). Pero, ¿hacia donde me mociona este tener que salir adelante?. ¿Dónde está ese 'adelante' hacia el cual tengo que ir?. No puede ser un caminar adelante por el páramo pues siempre sería la misma desolación. Fuera del páramo nada existe hacia donde yo pueda ir. Desconfío grandemente de todo lo que estaba en boga antes de que el disco del alfarero se revolviere.

Sin embargo esta íntima moción me empuja antes de que pueda detenerme a pensar. Me inclina como para sacarme de mí mismo. Pero yo

no puedo ni quiero dejar de ser yo mismo y, sin embargo, no puedo quedarme en lo que soy y como estoy. Pero como no tengo hacia dónde ir, entonces, solo puedo 'salir hacia mí mismo'.

Me doy cuenta de que no soy todo lo que puedo ser o, lo que es lo mismo, que ahora soy algo y que luego puedo ser más. Pareciera que, sin dejar de ser yo mismo, estuviese dividido en dos: lo-que-soy y lo-que-debo-ser. Entonces, ese tener que hacer algo es una tarea dentro de mí mismo. Es el tener que educirme.

Todavía puedo calar más hondo en mí y casi advierto que soy tres, puesto que, eso que soy y que debo ser se vuelve hacia mí y me obliga a que le responda si estoy disponible o no. Hay en mí como una otra instancia ante la cual yo mismo apelo y clamo para que se preocupe y se ocupe de mí. Por ello me siento responsable de mí mismo.

En busca de mi identidad.

Veo, entonces que soy un proyecto y este proyecto el que empuja y tiende a su realización. Soy una exigencia óptica. Como todavía no estoy concluido del todo es que debo laborarme, utilizando la materia prima que soy. Estoy programado para ser hombre y no puedo eludirme a mí mismo. Como no soy todavía idéntico a lo que debo ser, entonces, este avanzar es una 'identificación', es decir, veo en mí la exigencia de hacerme idéntico a lo que debo ser para llegar a coincidir con la imagen en mí proyectada (*). Esa exigencia quiere hacerse regencia, es decir, lo que se genera en pro quiera generarse en la realidad. Mi identidad no es estática, sino dinámica y, por ello, es 'identificación' que importa tanto como 'hacerse idéntico'. Solo al final podré decir 'soy hombre' siempre y cuando haya llegado puntualmente hasta mi imagen. Hay en mí una intención óptica que pide ser levantada.

Llegar rectamente hasta mí.

Soy un programa que se diversifica en posibilidades diversas. Entre todas esas posibilidades hay algunas que me mocionan con 'mayor pujanza' pues son aquellas que debo realizar 'ante todo'. No todas mis posibilidades me inquietan con la misma fuerza. Hay algunas que me 'ligan' con mí mismo. Y me ligan de un modo 'directo' a mi imagen proyectada. De allí que sienta la obligación de andar 'derechamente' hacia lo que debo ser. De no hacerlo así tengo la sensación de que no me alcanzaré a mí mismo. Estas posibilidades obligantes reclaman mi respuesta ineludible. Tienen su imperio desde mí y sobre mí. El proyecto, lo eyectado en pro que soy, se vuelve hacia mí y me responsabiliza. Siento, entonces, que debo avanzar rectamente hacia mí sin desviar a diestra o siniestra y que debo alcanzarme puntualmente. Mi verdad está, pues, al final del recto camino.

En mí mismo hay un camino que debo recorrer 'derechamente' para llegar 'justo' a lo que debo ser. Lo justo es la coincidencia de mi realización con lo que en mí estaba proyectado. Esto es lo único que puedo considerar recto y justo luego que toda norma positiva quedó asolada. De mi propio 'ethos' ha emergido mi ética ineludible. El recto camino me lleva al ajustamiento de mi identidad. Esta justicia proyectada en mí

establece con derecho el itinerario. Veo entonces, que lo recto y lo justo, no me es algo extraño que me venga de fuera, sino algo entraño que me viene de mí mismo. Y no es que yo pueda hacer conmigo lo que me venga en gana, pues el proyecto me tiene obligado y responsabilizado. (5)

II

LA COMUNIDAD

Soy en persona.

Sigo intimándome a no apartarme de mí mismo ya que era lo único cierto que me había quedado luego de aquella explosiva crisis. Ante todo siento que soy un 'núcleo existencial' puesto aquí. En mí mismo me encuentro en 'persona'. Es a mí a quien le ocurren las más variadas cosas. Soy 'yo' el que piensa, siente y hace. 'Yo' es la primera palabra que pronuncio en medio del páramo. Y veo que soy único pues no estoy compuesto de un yo, más otro yo, más otro yo. Yo no soy así en persona. Si yo desapareciese en persona, si se anulase este núcleo existencial que soy, todo lo que en mí ocurre se desperdigaría. Sería como si se hubiese desatado este lazo existencial que soy ante todo y que re-une todo lo que en mí ocurre. Yo vengo a ser el propietario de todo lo que tengo en mí. Y mi primera propiedad es ese proyecto que me constituye. Por ello yo no existo desnudo sino adornado.

Yo y tu.

Ahora bien, tan pronto como me descubro en el mismo momento me doy cuenta de que estás tu. Otros que pasaron por el páramo lo advirtieron (6). Se dieron cuenta de que yo no sería tal si no estuvieras tu. ¿Qué sentido tendría llamarme 'yo' si no estuvieras 'tu'? ¿Para qué llamarme 'yo' si fuese el único en medio de la nada?. Entonces, soy 'yo' porque tengo un 'tu' frente a mí que no es sino otro yo pronunciado en el tu. Si ambos nos confundiésemos dejaría de ser yo y dejarías de ser tu. En consecuencia, somos distintos pero estamos dentro de la misma estructura existencial. Además, yo seré más yo cuanto tu seas más tu. Por ello, tengo un 'nombre propio' entre todos los seres. ¿Qué sentido hubiera tenido poseer un nombre propio si tu no tuvieras otro nombre propio?. Entonces, para evitar mi desaparición personal, tengo que evitar la tuya. Cuanto más nos distinguimos más nos encadenamos. Nuestra estructura existencial se realiza a medida que nos personalizamos en nuestra línea programática.

Soy individuo de una pluralidad.

Mirándome por fuera advierto que soy un pedazo de 'materia' y que ciertas medidas me proporcionan 'límites'. Ahora bien, esto es lo que se llama ser un 'individuo', es decir, un pedazo de materia que no está dividido en sí pero que está dividido de los demás. Ese 'límite' que hace de divisoria entre mí y el resto, 'cierra y abre' a la vez (7). Es decir, que, como individuo, estoy cerrado en mí mismo y, a la vez, abierto a los demás. Como individuo ya digo otros individuos. Para ser totalmente individuo debo contar con otros individuos fuera de mí.

Si yo fuera el único individuo en medio de la nada no sería completamente individuo porque no estaría separado de nadie. Son los otros individuos, semejantes a mí, lo que me dan la referencia definitiva para ser totalmente individuo. Por lo tanto, como individuo ya digo pluralidad. A la inversa: si esta pluralidad no estuviese dividida en individuos separados los unos de los otros todo sería un enorme conglomerado, estaríamos totalizados en un masacote cósmico. Pero esto no es así según lo veo. Entonces, toda individualidad corporal se integra con otra semejante y, por tanto, la mía con la tuya.

Esta individualidad corporal es mi epifanía primera y elemental, es decir, que mi persona se presenta como corporalidad y esta es su primer adorno. La corporalidad es una función de la persona y, por ello, cada persona es propietaria de su cuerpo. Por mi cuerpo yo me 'expreso', es decir, hago presión hacia fuera y estoy pronto a comunicarme. Luego, mi cuerpo supone otros cuerpos semejantes a mí y con idéntica aptitud de expresión. Nuestra persona está pronta a comunicarse a través de su cuerpo el cual, si bien supone a los demás, todavía dice separación.

Soy socio de una comunidad.

Entre todas las cosas que hay en el páramo, encuentro ciertos individuos que son 'semejantes' a mí. Veo que están atacados de igual inquietud, oigo que tienen sus nombres propios y aprecio que están prontos a comunicarse. De esto infiero simultáneamente que en esencia somos idénticos. Todos somos humanos. Es la humanidad que nos constituye la que nos dota de todas esas semejanzas. Cada uno se identifica totalmente con el 'ser hombre'. Esta esencia humana es 'común' a todos. Y veo, con sorpresa, que cada uno es lo que es, es decir, 'hombre' gracias a esta esencia 'común'. Lo común nos esencializa. Esa esencia común es propiedad de mi persona, es algo mío y, a la vez, es propiedad de todos.

Aprecio que, cuando ponemos a funcionar esta esencia común, surge la comunidad. Y como esta esencia funciona desde el mismo momento en que existimos, entonces, siempre fuimos comunidad. En cuanto el hombre no responde a esta comunidad que hay en él se margina y deja de ser hombre. Con las demás cosas que hay en el páramo no puedo hacer comunidad porque no tenemos la misma esencia en común.

La corporalidad nos extrañaba a unos de otros aunque ya suponía una pluralidad, pero la esencialidad nos comuniza y nos entraña. Por juntas que estén dos personas, sus cuerpos son siempre extraños, de modo que la comunicación se produce gracias a la esencia humana que es la misma en todos y, por tanto, no puede ser extraña a ninguno. Esta comunicación es a la vez una función de mi esencia. Veo, en efecto, que cuando digo 'páramo' todos los demás saben lo que digo y que en todos hay la misma idea. El lenguaje ha transmitido esa idea y me ha comunicado con los demás. Es por esto, ahora caigo en la cuenta, que nunca estuve solo en el páramo.

En consecuencia, la persona dispone de una 'individualidad corporal' y de una 'comunidad esencial'. De aquí que el individualismo y el comu-

nismo hayan dividido la continencia de mi persona. Son dos abstracciones, es decir, dos consideraciones por separado de lo que la naturaleza há unido. Ello implica la destrucción de lo natural y, por lo tanto, no pueden ser duraderos (*).

Existir es participar.

Soy lo que soy, esto es, hombre porque tomo parte en la esencia común. No ocurre esto como quien toma una parte de un todo lo que es propio del orden material. Sino que cada uno de nosotros toma parte de 'toda' la especie humana y, por ello, la especie se 'distribuye' íntegramente en cada uno. Lo sé porque cualquier persona es tan humana como cualquier otra. Por lo tanto, cada uno participa totalmente de lo común que se distribuye sin mengua en cada persona. En cada hombre descubro reiterativamente la humanidad. Y como esta humanidad no existe fuera de mí, entonces, el acto de existir como hombre es a la vez el acto de participar en lo común.

En el mismo momento que participo paso a existir. Existir en persona y participar en la especie es lo mismo. Esta participación es posible gracias a la distribución de la especie en cada uno. Luego, en la fundación misma de mi persona, hay un acto de justicia distributiva por el cual recibo mi ser.

Si en nuestros futuros desarrollos nos olvidamos de ésto algo grave nos va a ocurrir. Para seguir existiendo, esto es, para subsistir es menester mantener la participación y la distribución con voluntad constante. Sólo nos ha sido dada la participación originaria, las demás debemos lograrlas nosotros. Allí, donde descubramos algo en común, allí mismo debemos participar mediante la distribución. Así estamos hechos y así debemos hacernos.

La participación armoniza lo individual y lo comunal que hay en mí. Negada esta participación sólo queda el ser tratado o como individuo o como comunidad por separado. Pero como estas dos dimensiones son inseparables entonces entran en conflicto agónico dentro mismo de mi persona. Como no pueden olvidarse, entonces procuran eliminarse y ello significa mi anulación. Esto es lo que ha hecho girar el disco del alfarero y, por ello, estamos en esta desolación. Participar y distribuir es la clave.

El correcto camino hacia lo justo.

Esa moción que me empuja para salir adelante es común con los demás y el proyecto que somos es la misma esencia en estado de posibilidad. Por lo tanto, es esta esencia común la que nos obliga a salir adelante conjuntamente. No sólo me educo de mí mismo sino que me conduzco, es decir, que salgo adelante conjuntamente con otros. La educación personal debía seguir un camino recto y la conducción comunal debe seguir un camino co-recto. Este camino correcto va desde el proyecto esencial que somos hasta la realización compartida. Y lo justo consiste, ahora, en llegar puntualmente todos al fin común. Al realizar, en el fin, este proyecto esencial me estoy realizando como hombre, luego, el fin común es a la vez mi fin personal.

Veo que la dicotomía entre fin individual y fin común proviene de haber dividido la continencia de mi persona. En realidad solo puedo realizarme como individuo en lo común porque lo esencial me pertenece y me hace ser lo que soy. Luego ni lo individual lo sacrifico a lo común ni lo común a lo individual. Como lo común, esto es, la esencia humana hace que sea lo que soy, entonces la realización de lo común esencial me hace ser lo que debo ser. A la inversa, cuanto más me realizo individualmente más apporto a la realización de lo común. Mas, si tomamos por separado estas dos dimensiones de la persona, no hay modo de reconciliarlas y de allí su conflicto.

No está en nuestra línea de entificación ningún acto individual que no aporte a lo común, como tampoco lo está ningún acto social que no realce lo individual. Así es como la persona se va identificando a sí misma en el juego permanente de lo individual y lo social.

Muchas cosas más podrían decirse.

NOTAS

- 1) 'Historia de Egipto' de George Steindorff en la colección "El despertar de la Humanidad", Espasa Calpe, Madrid, 1932, pg. 383, T.I. Es un texto de las 'Advertencias de un profeta egipcio' que se refiere al profundo trastorno con que finalizó el imperio antiguo, momento en que, al parecer, hubo una aguda revolución social.
- 2) Un amigo me ha observado que mi planteo es semejante al cartesiano aunque distinto en el punto de arranque que no es intelectualista sino existencial. En este trabajo he querido comunicar la quinta esencia y apenas el inicio de mi pensamiento. Todas mis cosas las he hecho en esta perspectiva de modo más o menos expreso.
- 3) Es lo que Santo Tomás llamaba 'inclinatio', como un algo dentro mío que me inclina y me hace caer (ad cadere) hacia las posibilidades de mi esencia. Diría que se revela en la 'inquietudo' del corazón de que habla Agustín que lleva al hombre a estar siempre disconforme, esto es, saliéndose de su forma. Lo que Kant llama 'máximas' las interpreto de igual modo; algo así, como el impulso óntico que pone en movimiento la vida práctica. Recuerdo aquí lo de Pascal: "El hombre supera infinitamente al hombre".
- 4) Esta identificación que es tanto como el hacerse idéntico soluciona, según mi criterio, la antítesis entre una concepción estática del hombre y otra dinámica; la primera lo que ve como esencia invariable en todo tiempo y lugar y la segunda como constante trasbasamiento siempre distinto. Habría que pensar a la lógica sobre la base del 'principio de identificación'.
- 5) La antítesis entre una ética autónoma y heterónoma se disuelve en estos razonamientos míos, según creo, puesto que la norma surge de mi proyecto (autonomía) pero este proyecto se me impone como obligante (heteronomía).
- 6) Pensamos em Buber, Sciacca, Guardini y otros.
- 7) Guardini, a quien cito de memoria.
- 8) En los razonamientos precedentes creo haber superado la polémica entre Maritain y De Koninck. Y, desde luego, la antítesis entre individuo y sociedad la cual es producto de un mal uso de la abstracción que da por separado lo que solamente debe distinguirse.